

Javier Alvarado

Premio Centroamericano de Poesía
Rogelio Sinán, 2011
Recibido: 4 de abril, 2012
Aceptado: 18 de setiembre, 2012



Marcaría Espinoza

Y en su vientre nos reunimos en un llanto compacto

Eugenio Montejo

A Mamá

Todos colocados en la misma escena.
En las esquinas los nietos
Y a los lados los hijos de ella (amortajada como una novia).
Yo estoy en el fondo de su pecho
Naciendo de su cuello como un tumor
O como una prismática vena.
Los poetas nacemos de los torrentes más extraños.
Dicen que el olvido presionará el disparador.
De esta nueva Lumix saldremos todos: la familia que nunca fuimos.
La que se quebró como un espejo y donde se diseminó
Como un río de larvas, la memoria.
Aquí cada uno muestra su mejor sonrisa
Y otros su disimulada alegría, ocultando la más notable decadencia.
Unos tras de otros iremos faltando.
Aquí posamos con su único retrato, el que desconocemos.

¿Quién trazó los caminos de la loca?
¿Quién determinó los partos en el aire
Donde cuajaron los átomos de su maternal locura?
¿A dónde ese abuelo perverso que le arrancó
Los llantos, el hambre y la risa opacada de sus hijos?
Ella revolotea por los cielos de Las Minas
Como una casocha en reposo,
Como un vapor de cristal en el arco del sonido.

En todas las aguas ella los busca sin hallar
Todas las teorías que fenecen en los ojos.
¿A dónde vivió? ¿A dónde fue? ¿A dónde estuvo?
Caminaba con un palo y terciaba
Las figuras moldeadas por el polvo,
Andaba con un traje limpio y con unas trenzas largas
Tejidas por la nervadura de la noche.
El humo nunca entró en sus ojos
Y se le oía cantar desde los lejos.
Abuela: voy moldeándote en cada paso por estas tierras
Con un cordel de furia
Donde no tengo nariz ni ojos ni manos en la opacidad para palparte
Para ser como el arroz que crece como una mano de pilón que sorbe gritos
Una enjundia de los terneros que tiritan
Acurrucos que danzan en el espacio hasta dominar el frío.

Si te he de imaginar entre las sombras
Portando la mortaja del alba en manicomio
Trazando una fábula por ese Matías Hernández en donde te oigo llorar
Como una niña atiborrada de muñecas
Donde hay asfixia y musgo, o campanas sordas atragantadas por el limo
Por una jofaina seca que se revienta en la pubertad del foso
Son estaciones inversas las que encuentro
En tu fervor de remolino.

Te da mucho miedo el enfermero negro.

*No soy un conejo para estar comiendo tantas hojas.
Yo no he de estar aquí, he de estar en una casita de barro
Con la comida caliente y la infancia de mis hijos,
Pobres pero radiantes y mordiendo los tubérculos de la tierra.
Mírenme aquí paciente psiquiátrica
Con expediente desaparecido.*

¿Quién puede descifrar o imaginar el dolor
Que se postra en el cerebro de los locos?

Aquí estuvo y se sentaba a llorarlos en los resfriados
Y febricitancias del día.
Nunca imaginó la barba de sus hijos ni las primeras menstruaciones de mi madre.
La queremos imaginar cómo era

Alta y bella como la esfinge
O como una diosa del Olimpo o una flor del Espíritu Santo con pollera.
Se fue deslizando en un quejido agrario.
Al Ciprián fue a dar y no sabemos
El secreto de su tumba.

Posemos todos. Ella está aquí.
Tiene el vientre abultado, muy abultado.
Hemos regresado a ella.
Hemos vuelto a su vientre
Con un llanto compacto.

Evocación para entrar en los ojos de Emma Bovary

Toda evocación es posible de relatar, si se tiene en cuenta el poder subversivo de la mente
-cuando no era posible hurgar en tus ojos-
Y llenar de cachivaches o de materias futuristas
La casa que nos queda
Las habitaciones de hotel que llenábamos con las primaveras descalzas de Europa
Con un antiguo vaticinio de mago escanciando los dolores pasados en caldera
Y no era posible sobrevivir a tanta catástrofe, a tanta hecatombe
A tanto olor de cementerio agriándose en el colmo
De esperar las provisiones a caballo,
Ese condado que habitamos antes de nacer o desde siempre
Corriendo entre los espantapájaros y las espigas de avena
Mientras nos observaba desde la ventana los ojos inobjetables de Madame Bovary
Y desde algún lugar del campo, su esposo nos carraspeaba “*cuidado con los sembrados*
Que ya pronto viene la cosecha”
Y yo sólo quería acercarme a aquellos ojos de Emma y cosechar esa miel silvestre
Que destila de sus cuencas, como un licor de rododentro
Tan hermoso y tan fatídico para las aguas poderosas del alma;
Que nos unge con láudano la herida,
Cuando horadábamos hacia delante sin medir el desahucio del deseo,
La pisada del musgo en la tierra extranjera
La luz podrida que se reflejaba en mi oscuridad
Y yo portando la bombilla de las acusaciones
La viña de las eras que era un diapasón a otra eternidad
Que se repite en nuestras lágrimas,
Estando a ciegas con los biógrafos o con los periodistas
Que te succionan la tesis de la sobrevivencia hasta el cansancio,
Llenando el vaso ultraísta
Hasta llegar a la última estocada de tu himno en el cuerpo,
A ese langor de cruzada
Que penetra en la armadura,
En el casco surreal y ante el sopor de la moneda entre la nieve;
Una ofrenda forestal se erguirá por tus cabellos.
Nos despediremos cantando
Y los deseos quedarán terriblemente absueltos.

Gustavo Batista Cedeño
Penetrando en los jardines

Fue la emancipación del viento o su osadía por penetrar en los jardines
Por otear su áncora de esparto entre los volúmenes de libros
Y entre las sombras desgarradas de otra ausencia,
Donde la liebre esparce su ceguera
Y la zanahoria que cuelga de nosotros va ladrando
Con rabia, con exorcismo
Con tildes coscorroneando las vocales
En el resfriado abecedario
De falsas ilusiones por la carne -sempiterna y conmovida-
Y no es que tengamos sueños o calabozos como mortales criaturas
Como dolores que cabeza o fiebre o una respiración de amante
-Terriblemente antigua –
Sobre el hombro o el oído,
Lo que sí quiero oír
Son otras respiraciones que vayan tatuando adolescencias en el pecho
O una multitud de astros que se pueblen a la lengua
Como un cayado de profeta.

Tú fuiste destinado a la geografía y a la historia
Y muy pocos pudieron penetrar en tus ojos y en tu sangre
Con un mármol oscuro diezmaron los delfines
Que se bañaban una y otra vez en las piletas de tu nombre
Como un senado antiguo que deliberara en nuestra contra
Y tendríamos que bebernos los almácigos, la posesión y el veneno
De locura,
Si hay enfermeros castrados que nos colocan las camisas de fuerza
Una guirnalda que va despacio royéndonos la carne
Hasta conocer
El augurio de los huesos
Pues tú lo dijiste: deseos nunca realidades
Tu única realidad fue manejar el verso limpio y navegar desnudo
En las barcazas,
Con esa libertad de asilar extraños ritmos
O pescas inconclusas que herían al boticario de madera
Blandamente estrellado sobre la tierra como un bosquejo de huevo
Sin una yema cuadrada u olfateada
Que se define en la falacia del mar.
Es una hierba o un río que nos penetra por la nariz;

Pero que ya no se respira
Una mañana inconsulta, evaporada
Que contemplamos desde los muelles del hambre
La desesperación de la rosa por seguir aromando los antiguos y modernísimos poetas.

La rosa ya no es la rosa
Es simplemente una rosa.

Nos suena como un olvido de llaves,
Como caídas de agua
Que perpetuamente van cargando troncos
Y ramas con ojos de ahogados
O melindrosas azucenas que trepan
Desde el cieno hasta la boca
Donde en una cabaña con las piernas cruzadas
Y con un gran Marlboro rojo
Nos espera la muerte para maquillarse
Pues lo afirmaste: la muerte es un espejo sobre los brazos de otros
Y yo oigo esa sacudida que da el mar con violentos peces.
Hemos de fabricarte un ancla de metal o de madera
Dependiendo del material que nos proporcionen las magias y los dioses
El aliento de las colinas que se congela en la burbuja de otro llanto
Asimilando el meditar de los niños que saltan sogas
Y que tú observas desde tu milenaria cubierta
Como un último marinero que espera el pitido
La letra del humo y el ejercicio poético antes de zarparse.

(De *Carta natal al país de los locos*)